

# LA DATAESFERA COMO HIPEROBJETO: HACIA UNA CRÍTICA DE SUS IMPLICACIONES ONTOEPISTÉMICAS

---

DOSSIER

**PEDRO CERRUTI – [pedrocerruti@gmail.com](mailto:pedrocerruti@gmail.com)**  
*Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Argentina*

ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s16668979/yabrpe7xa>

DOI: <https://doi.org/10.62174/arg.2025.10809>

FECHA DE RECEPCIÓN: 24-5-2025

FECHA DE ACEPTACIÓN: 23-9-2025

## **Resumen**

Este artículo aborda la dataesfera como un hiperobjeto que transforma las condiciones ontológicas y epistemológicas de la experiencia en la era digital. Se analiza cómo los entornos tecno-informáticos modifican la subjetivación, la sociabilidad y la producción de saber mediante la recolección masiva de datos. Se contrastan dos enfoques: el positivismo digital, centrado en la correlación y la predicción sin mediación causal; y los Estudios Críticos de Datos, que cuestionan la supuesta neutralidad de los datos y subrayan su carácter situado y su inscripción en relaciones de poder. Finalmente, se propone una renovación crítica fundamentada en ontologías no antropocéntricas —como las orientadas a objetos, el nuevo materialismo o la teoría del ensamblaje—, que disuelven la centralidad del sujeto humano y permiten repensar la agencia distribuida en redes sociotécnicas. Estas ontologías permiten abordar la dataesfera como un hiperobjeto: una entidad difusa, masiva y ubicua, cuya escala y complejidad exceden las capacidades representacionales convencionales. Desde esta perspectiva, se plantea la necesidad de renovar los marcos analíticos de las ciencias sociales para dar cuenta de fenómenos que reconfiguran radicalmente la relación entre conocimiento, tecnología y mundo.

Palabras clave: dataesfera, hiperobjeto, crítica, ontología, epistemología

38

## THE DATASPHERE AS A HYPEROBJECT: CRITIQUING ITS ONTO-EPISTEMIC IMPLICATIONS

---

### ***Abstract***

This article explores the datasphere as a hyperobject that reshapes the ontological and epistemological conditions of experience in the digital age. It examines how techno-informatic environments transform subjectivation, sociability, and knowledge production through large-scale data collection and analysis. Two main approaches are contrasted: digital positivism, which privileges correlation and prediction without causal explanation; and Critical Data Studies, which interrogate the presumed neutrality of data by emphasizing their situatedness and embedded power relations. The article ultimately proposes a critical renewal grounded in non-anthropocentric ontologies —such as object-oriented ontology, new materialism, and assemblage theory— which decenter the human subject and conceptualize agency as distributed across sociotechnical networks. These frameworks allow us to approach the datasphere as a hyperobject: a vast, diffuse, and entangled entity whose scale and complexity overwhelm conventional modes of representation. From this perspective, the article calls for an overhaul of social science categories to address phenomena that fundamentally reshape the nexus between knowledge, technology, and the world. Key words: datasphere, hyperobjet, critique, ontology, epistemology

### ***Introducción***

La inmersión de la existencia humana en entornos tecno-informáticos constituye uno de los fenómenos definitorios de la llamada era digital (Castells, 2010; Costa, 2022). Esta transfiguración, de una profundidad difícil de delimitar, no se reduce a la mera transferencia de prácticas sociales al ámbito virtual, sino que implica una reconfiguración radical de las condiciones mismas de la experiencia, la sociabilidad y la producción de conocimiento (Floridi, 2014). Los medios tecnológicos, que conforman los espacios donde se desarrolla una proporción cada vez mayor de nuestras interacciones cotidianas —desde las redes sociales hasta las plataformas de comercio electrónico— no sólo median la comunicación, sino que poseen capacidades de registro, almacenamiento y análisis de nuestra actividad, generando conglomerados de datos de una magnitud y complejidad inéditas (Zuboff, 2019). Estos datos, susceptibles de ser recolectados, procesados y mercantilizados, constituyen una nueva materia prima que redefine los modos de subjetivación, las formas de poder y los horizontes de lo posible en la vida contemporánea.

A la par de esta transformación, la capacidad de los sistemas computacionales para procesar información a una velocidad y escala sin precedentes ha comenzado a perfilar nuevos modos de sociabilidad y a reconfigurar los mecanismos mediante los cuales se gobierna lo común (D'Agostino & Durante, M., 2018). La potencia algorítmica para discernir patrones y tendencias en las conductas multitudinarias abre posibilidades inéditas para la automatización de la vida social, al tiempo que engendra herramientas cada vez más sofisticadas para comprender e influir en el comportamiento humano, tanto a nivel micro como macro (Pasquale, 2015). Sin embargo, estos desarrollos no están exentos de ambivalencias: la privacidad y la autonomía individual, pilares fundamentales de la subjetividad moderna, se ven desplazadas en la intersección entre tecnología y dinámica social (Nissenbaum, 2010), lo que a su vez desestabiliza las formas establecidas de poder, autoridad y responsabilidad (Cohen, 2012). La convergencia entre el poder tecnológico y el poder político no sólo cuestiona los cimientos de la democracia y la libertad individual, sino que también plantea interrogantes profundos acerca de la autonomía humana y la integridad de la experiencia social.

El impacto de estos procesos sobre las formas en que los individuos se relacionan consigo mismos y con los demás es de una magnitud notable. La personalización de las vivencias en el entorno digital, facilitada por estrategias como la publicidad dirigida y los sistemas de recomendación de contenido (Pariser, 2011), ha generado una metamorfosis en la dinámica de las interacciones interpersonales y en la constitución misma de la experiencia subjetiva. Lo vivido es el resultado de una interacción inextricable entre algoritmos complejos, técnicas de análisis de datos pormenorizados y las preferencias, comportamientos y características tecnológicamente registrables de cada individuo (Bucher, 2018). Así, la “realidad” se convierte en un producto contingente de la mediación algorítmica, donde las fronteras entre lo objetivo y lo subjetivo, lo común y lo singular, se tornan cada vez más difusas.

En este contexto, uno de los aspectos problemáticos es la creciente brecha que se abre entre el espacio vinculado al desarrollo tecnológico —particularmente en los campos de la digitalización y la inteligencia artificial— y aquel asociado a las

prácticas de la investigación académica (Maslej et al., 2023). Se suele atribuir esta brecha a la disparidad de recursos financieros entre ambos, lo que perpetúa una dinámica desfavorable en la que muchos individuos altamente capacitados optan por orientar sus carreras hacia el ámbito industrial y empresarial, profundizando así la distancia entre la academia y la vanguardia de la investigación y el desarrollo tecnológico (Mirowski, 2011). Sin embargo, esta desconexión no se limita a cuestiones financieras; penetra también en los objetivos, enfoques y temporalidades dispares de ambos ámbitos. La industria tiende a priorizar aplicaciones comerciales y utilitarias, mientras que la academia, en particular en las ciencias sociales y las humanidades, mantiene un compromiso con la reflexión crítica, la especulación teórica y la producción de conocimiento orientada al bien común (Frodeman, 2013). Este desajuste restringe el papel de la academia en la exploración tecnológica y, más relevante aún para el presente trabajo, obstaculiza su capacidad para aprehender y analizar los procesos de digitalización que configuran la vida contemporánea, relegándola a una posición de exterioridad respecto de una metamorfosis que observa, pero no protagoniza.

La situación se torna aún más compleja si consideramos que las propias prácticas académicas están siendo radicalmente transformadas por los mismos procesos que intentan comprender. El acceso a la información se ha visto ampliado exponencialmente por la disponibilidad de recursos en línea (Weller, 2011); las formas de colaboración se han diversificado gracias a la posibilidad de interacción entre académicos de todo el mundo; los medios de publicación y difusión han experimentado una revolución, desde la digitalización de las revistas especializadas hasta la aparición de redes sociales académicas (Kaplan, 2022); los modos de evaluación y seguimiento han sido reconfigurados, con profundas consecuencias en la administración y valoración de la producción académica; las herramientas tecnológicas para el análisis de datos han ampliado el repertorio metodológico disponible; y la producción de textos asistida por modelos de inteligencia artificial generativos problematiza los límites entre la creación humana y la automatización, cuestionando nociones arraigadas sobre la originalidad y la autoría (Floridi y Chiriatti, 2020). Así, la academia se ve involucrada en la conversión digital, viéndose

obligada a renegociar sus propios fundamentos epistemológicos, metodológicos y éticos.

A partir de este panorama, el artículo se propone explorar en profundidad las implicaciones ontológicas y epistemológicas que emergen de la expansión de la dataesfera —entendida aquí como el ensamblaje dinámico de infraestructuras materiales (servidores, algoritmos, dispositivos), actores humanos y no humanos, y prácticas sociotécnicas que generan, circulan y valorizan datos de manera masiva— a partir de su conceptualización como “hiperobjeto”. A diferencia de nociones como “ecosistema digital” (Padua, 2021) o “infosfera” (Floridi, 2014), este enfoque enfatiza la agencia performativa de los datos (su capacidad para co-constituir realidades) y su cualidad hiperobjetal (viscosidad, no-localidad y opacidad). A lo largo del artículo se abordarán los modos en que los estudios críticos de datos y el llamado positivismo digital configuran los debates actuales en torno a la producción de conocimiento, la agencia y la subjetividad. Asimismo, se examinarán los desafíos que estas transformaciones plantean a las ciencias sociales, tanto en el plano metodológico como en el teórico, y se indagará en las posibilidades de una renovación crítica que permita pensar más allá de las dicotomías heredadas.

42

En este sentido, el desarrollo del trabajo se articulará en torno a una revisión de enfoques teóricos contemporáneos, con el objetivo de delimitar un campo problemático que permita comprender la magnitud de los desafíos que enfrenta la investigación social en la era digital, así como señalar los límites y potencialidades de algunas de las respuestas disponibles<sup>1</sup>.

## ***2. El positivismo digital y los estudios críticos de datos***

### ***2.1. Positivismo digital***

---

<sup>1</sup> Cabe aclarar que, si bien el análisis de estrategias metodológicas específicas para la investigación social en este contexto, así como la incorporación de estudios de caso analizados en profundidad que ilustren las dinámicas aquí discutidas, resultan cuestiones fundamentales para el avance del campo, ambas exceden los objetivos y el alcance del presente artículo. En consecuencia, el enfoque adoptado privilegia la problematización teórica y conceptual, dejando el desarrollo metodológico y la exploración empírica para futuros trabajos.

En el núcleo de la ciencia de datos y el desarrollo de inteligencia artificial opera una racionalidad dominante que podríamos denominar positivismo digital: no sólo un marco epistemológico, sino una suerte de ideología tecnocientífica que naturaliza la creencia en que los datos —en su escala masiva y procesamiento algorítmico— son suficientes para producir conocimiento objetivo, neutral y emancipado de toda subjetividad. Esta visión, heredera del positivismo clásico pero radicalizada por el mito de la infalibilidad computacional, reduce lo real a lo cuantificable, lo interpretable a lo modelizable y la verdad a correlaciones estadísticas. Chris Anderson (2008) ejemplifica paroxísticamente esta postura al sostener que el “diluvio de datos” permite prescindir del método científico clásico, reemplazando hipótesis y experimentación con algoritmos que extraen patrones y correlaciones. Esta propuesta implica supone una mutación radical del estatuto epistemológico del conocimiento científico. La teoría y la causalidad, pilares fundamentales de la explicación científica, se vuelven prescindibles.

Esta idea ha sido ampliada por autores que enfatizan el potencial de los datos masivos para trascender el método científico tradicional. Mayer-Schönberger y Cukier (2013) sostienen que la abundancia de datos revela patrones antes inaccesibles, mientras Provost y Fawcett (2013) destacan cómo los algoritmos aprenden sin intervención humana. En el campo de la inteligencia artificial, Jordan y Mitchell (2015) y Domingos (2015) proponen que el conocimiento emerge directamente de los datos, desplazando teorías causales.

Se trata de un panorama que ha sido calificado como un “mundo sin causación” (Chandler, 2015), es decir, en el que los conceptos de causa y efecto parecerían volverse innecesarios como forma de comprender y explicar los fenómenos. En ese universo, la correlación ocupa el lugar de la causación, en tanto los algoritmos son capaces de identificar correlaciones complejas y relaciones estadísticas significativas entre variables, pero sin que ello implique la explicación de la causa de dichas relaciones, al mismo tiempo que los procedimientos de aprendizaje automático se centran en la capacidad de predecir resultados independientemente de la comprensión de las relaciones causales.

Esta mutación epistemológica no constituye, pues, un mero cambio metodológico, sino una reconfiguración fundamental de los criterios mismos de validación del conocimiento científico. Como ha demostrado Leonelli (2016) en su análisis sistemático de la ciencia centrada en datos, el *big data science* representa un desplazamiento desde la epistemología tradicional basada en hipótesis hacia una "epistemología centrada en datos" donde estos se constituyen como mercancías epistémicas con valor de intercambio propio, más que como evidencia instrumental para la validación teórica. En esta nueva configuración, la teorización científica se transforma en lo que Leonelli denomina "teoría clasificatoria": decisiones conceptuales sobre ordenamiento de datos más que marcos explicativos causales (Leonelli, 2014); lo cual implica que los datos adquieren un "valor evidencial indeterminado" —no pueden predecir qué afirmaciones de conocimiento podrían sustentar—, socavando las relaciones lineales entre teoría, experimentación y validación que han estructurado la ciencia moderna. Paralelamente, el trabajo etnográfico de Lowrie (2017) con científicos de datos revela que los algoritmos operan bajo una racionalidad que privilegia criterios de eficiencia por sobre criterios de verdad/falsedad. Los algoritmos, sostiene, constituyen objetos científicos que "no pueden ser evaluados a través de la verdad y falsedad tradicionales, sino mediante la eficiencia de un ensamblaje algorítmico dado" (Lowrie, 2017, p. 6). Este desplazamiento hacia la eficiencia como criterio epistémico fundamental representa una ruptura con la lógica explicativa que ha estructurado la racionalidad científica moderna.

## *2.2. Los estudios críticos de datos*

Esta transformación hacia criterios de eficiencia algorítmica ha generado diversas respuestas críticas desde la teoría social contemporánea, entre ellas la de interrogar los supuestos de neutralidad y objetividad que subyacen al discurso dominante sobre los datos a partir de sus herramientas teóricas ya consolidadas. De este modo, diversas corrientes han coincidido en advertir que los datos no constituyen una representación inmediata de lo real, sino que deben ser comprendidos como construcciones situadas, moldeadas por contextos históricos, políticos y económicos específicos (Boyd y Crawford, 2012). Es decir, los datos no sólo

registran el mundo, sino que también actúan sobre él: intervienen activamente en su configuración, participan en la gobernanza de lo social y en la producción capitalista (Couldry y Mejias, 2019), y por ello deben ser interrogados desde una perspectiva ética y política.

Boyd y Crawford (2012) sostienen que los datos masivos no son neutrales ni objetivos per se, sino que están siempre situados en contextos sociales, políticos y tecnológicos que condicionan su producción y uso. Para estos autores, la idea de que los datos pueden “hablar por sí mismos” sin mediación teórica es una ilusión. En la misma línea, Van Dijck (2014) advierte que el “dataísmo” —la fe en la omnipotencia de los datos— puede ocultar las relaciones de poder y las desigualdades que subyacen a la producción y circulación de datos. Además, Crawford (2021) critica el positivismo digital por su falta de atención a las dimensiones políticas, éticas y ambientales de la inteligencia artificial y el análisis de datos masivos. Señala que la dependencia exclusiva de correlaciones y predicciones sin comprensión causal puede tener consecuencias negativas, como la automatización de decisiones injustas o la amplificación de discriminaciones existentes.

45

Las perspectivas críticas sobre los datos han avanzado en múltiples direcciones<sup>2</sup>. Entre estas aproximaciones, algunas han cristalizado en formas más institucionalizadas y orgánicas, como los Estudios Críticos de Datos. Estos se proponen explícitamente desentrañar las relaciones de poder, las condiciones de producción y los efectos sociales que atraviesan la recopilación, el análisis y el uso

---

<sup>2</sup> Los abordajes críticos han generado una bibliografía ya inabarcable, parte de la cual es retomada en este artículo. Cabe destacar, de todos modos, los análisis de Éric Sadin, quien desde una mirada filosófica y crítica alerta sobre la colonización digital de la vida humana y el surgimiento de un antihumanismo radical impulsado por la inteligencia artificial (Sadin, 2018, 2022). Asimismo, las reflexiones latinoamericanas que vinculan la crítica tecnológica con las problemáticas decoloniales y las desigualdades estructurales aportan una epistemología situada que desafía los discursos hegemónicos (Gómez Cruz y Rivas, 2021). Por su parte, en nuestro país, además de la ya citada Flavia Costa, autores como Fabián Ludueña y Diego Parente han desarrollado análisis críticos sobre la tecnificación, la teología política digital y las transformaciones culturales vinculadas a la digitalización, aportando perspectivas filosóficas y sociológicas que problematizan la relación entre tecnología, poder y subjetividad en contextos locales y globales (Ludueña, 2024; Parente, 2016). Estos estudios presentan sintonías con las perspectivas desarrolladas en este artículo. En esta misma línea, cabe mencionar también el trabajo de Fernando Beresñak, donde se examina la matriz científico-epistémica que sustenta los desarrollos sociotécnicos modernos (Beresñak, 2017).

de datos en la sociedad contemporánea. Su objeto no es sólo revelar las dinámicas invisibles que estructuran la dataesfera, sino también visibilizar los modos en que estas prácticas configuran nuestras formas de vida. Desde este enfoque, los datos son comprendidos como parte de nuevos dispositivos de saber y poder, cuya función excede el diagnóstico técnico y exige una lectura atenta a las formas en que inciden sobre la subjetividad, la privacidad, la autonomía y la justicia social.

Entre los hallazgos más relevantes de esta perspectiva se destaca cómo la recopilación de datos se ha vuelto generalizada y, a menudo, ocurre sin consentimiento o conocimiento explícito por parte de los usuarios. Empresas tecnológicas, plataformas de redes sociales y gobiernos acumulan grandes volúmenes de información personal con fines comerciales, publicitarios o de vigilancia, estableciendo relaciones asimétricas de poder con un potencial de explotación y manipulación innegable (Dencik et al., 2022). Esta lógica de extracción socava principios fundamentales de autonomía y transparencia, y refuerza la opacidad en decisiones que afectan directamente la vida de los individuos. También se ha evidenciado cómo los algoritmos utilizados para analizar datos reproducen y amplifican sesgos sociales. Lejos de ser neutros, estos modelos influyen en decisiones clave, desde la asignación de recursos hasta la vigilancia estatal, y con frecuencia refuerzan estructuras de discriminación y exclusión (Taylor, 2017). La creación de perfiles, la clasificación automática de sujetos y la segmentación de audiencias tienen consecuencias en términos de privacidad, representación y participación en los espacios públicos. Desde otro ángulo, los Estudios Críticos de Datos advierten que el acceso desigual a tecnologías digitales genera disparidades en la producción y recopilación de datos. Algunos grupos e individuos quedan marginados no sólo en términos de visibilidad, sino también en cuanto a su capacidad de ejercer agencia sobre sus propios datos.

Estos estudios también promueven prácticas alternativas que prioricen la transparencia, el consentimiento informado y el empoderamiento de los sujetos. Abogan por políticas públicas que protejan los derechos digitales, fomenten la alfabetización en datos y aseguren un uso socialmente responsable de la información (Kitchin y Lauriault, 2014). Este horizonte normativo se organiza en

torno al concepto de justicia de datos, una noción clave para pensar las desigualdades inherentes a las formas hegemónicas de producción, análisis y uso de datos. La justicia de datos busca no sólo denunciar estas dinámicas, sino también proponer alternativas para un ecosistema digital más equitativo y democrático (Dencik et al., 2022).

Si bien estas perspectivas críticas han aportado herramientas fundamentales para develar las relaciones de poder y las dimensiones éticas y políticas de la dataficación, también se enfrentan con límites que son de índole ontológica y epistémica.

### *2.3. Los límites de la crítica*

En un fragmento particularmente anticipatorio de *Dirección única*, Walter Benjamin advertía ya casi un siglo atrás sobre la obsolescencia de la crítica en un mundo que ya no admite la distancia:

Insensatos quienes deploran la decadencia de la crítica. Pues su hora sonó hace mucho tiempo. La crítica es una cuestión de distancia justa. Se encuentra a sus anchas en un mundo en el que lo que importa son las perspectivas y prospectivas y en el que aún era posible adoptar un punto de vista. Entretanto, las cosas han arremetido con demasiada virulencia contra la sociedad humana. La «imparcialidad», la «mirada libre» se han vuelto mentiras, cuando no expresión totalmente ingenua de pura incompetencia (Benjamin, 1987).

En este pasaje, Benjamin denuncia el colapso del modelo de crítica que había dominado la modernidad: uno que dependía de la posibilidad de un punto de vista exterior desde el cual analizar y juzgar. La crítica, entendida como un ejercicio de distanciamiento, como una mirada desde fuera que devela lo oculto, se ve desbordada frente a las transformaciones radicales que impone la dataesfera y por la inmediatez y la complejidad opaca de los entornos algorítmicos.

Peter Sloterdijk ha retomado esta problemática en su crítica a la “ontología ocular” de la tradición metafísica occidental, que posiciona al sujeto como un observador exento, un “ojo sin cuerpo” situado al borde del mundo (Sloterdijk, 2008). Frente a esta figura del observador desencarnado, Sloterdijk propone una reformulación

radical de la subjetividad en términos de inmersión: como seres auditivos, simbióticos, alojados en esferas, los humanos no están ante el mundo, sino dentro de él (Sloterdijk, 2014). No hay “frente” desde el cual mirar, sino envolvimiento, resonancia, afectación. Desde esta perspectiva, la crítica no puede sostenerse como gesto de exterioridad, sino que debe pensarse como práctica situada, encarnada, modulada por las atmósferas en las que está inmerso.

Bruno Latour también ha llamado la atención sobre este desgaste del gesto crítico clásico, al observar que muchas intervenciones críticas permanecen atrapadas en dicotomías rígidas —positivismo versus constructivismo, realidad versus representación— que ya no permiten pensar adecuadamente los modos actuales de constitución del mundo (Latour, 2004). Lejos de desarticular las nuevas formas de poder, este tipo de crítica termina reforzando su eficacia, al repetir formas de denuncia previsibles e inoperantes. De allí la emergencia de una “melancolía crítica”: una sensación de estancamiento teórico y de impotencia política frente a fenómenos que, como la dataesfera, desbordan las categorías modernas de sujeto, objeto, agencia y verdad.

48

La crítica al positivismo digital y a la supuesta neutralidad del dato —más allá de ser necesaria— enfrenta sus propios límites. Uno de los más persistentes es su dependencia de un régimen epistémico que la sitúa fuera del fenómeno que analiza. Esta exterioridad, que en otros tiempos garantizaba la posibilidad de desenmascarar y resistir, hoy se revela como una ilusión. La dataesfera no sólo impide el distanciamiento: lo vuelve irrelevante. Todo investigador está ya inmerso en los mismos circuitos de datos, algoritmos y plataformas que pretende analizar.

Es precisamente esta mutación lo que nos conduce a la necesidad de repensar nuestras categorías ontológicas fundamentales. Si la crítica ya no puede sostenerse en la distancia, entonces tampoco puede sostenerse sobre una ontología que escinde sujeto y objeto, humano y no humano, mundo y representación.

### ***3. Ontologías no antropocéntricas e hiperobjetos***

#### ***3.1. Ontologías no antropocéntricas***

“¿Cómo concebir un mundo que existía antes de que apareciera cualquier forma de pensamiento, un mundo no dado a ninguna conciencia, no constituido por ninguna subjetividad, sino simplemente ahí, independiente de toda forma de vida o de lenguaje?” (Meillassoux, 2008, p. 29). Con esta pregunta, Quentin Meillassoux introduce una de las críticas más radicales a las categorías ontológicas heredadas de la modernidad. En su lectura, el pensamiento contemporáneo ha quedado atrapado en un bucle correlacionista: la imposibilidad de pensar el ser fuera de su correlación con el sujeto, fuera de la conciencia que lo enmarca y constituye. Una de las formulaciones más incisivas de esta necesidad de repensar nuestras categorías ontológicas fundamentales es, justamente, la que identifica en la persistencia del correlacionismo un obstáculo epistemológico central del pensamiento moderno. Según esta postura, sólo es posible conocer la correlación entre pensamiento y ser, entre sujeto y mundo, pero nunca el ser en sí mismo, lo cual clausura de antemano toda posibilidad de pensar una realidad que exista con independencia del acceso humano.

La crítica al correlacionismo constituye, en este sentido, un punto de inflexión que habilita la apertura hacia nuevos enfoques ontológicos que descentralizan la figura del sujeto humano como origen y medida de lo real, proponiendo en su lugar una ontología distribuida en la que múltiples entidades —animadas o inanimadas, materiales o discursivas— participan activamente en la configuración del mundo. Se trata de abordajes no reduccionistas, que reconocen la heterogeneidad de lo real, la agencia de lo no humano y la complejidad de las relaciones que configuran la existencia. En lugar de oponer el materialismo al idealismo bajo una lógica binaria, disuelven dicha dicotomía al mostrar que la materia misma está atravesada por dimensiones semióticas, afectivas, técnicas y dinámicas. Esta configuración ontológica, que podríamos caracterizar como distribuida, no implica una fragmentación de la ontología como disciplina, sino el reconocimiento de que la agencia se dispersa entre múltiples actantes sin centro unificador (Harman, 2018; Latour, 2005). De este modo, se abandona tanto el sustancialismo tradicional como la centralidad del sujeto humano.

En este horizonte, puede inscribirse la propuesta de Bruno Latour (2005), cuya “antropología simétrica” constituye una de las expresiones más influyentes del giro ontológico en las ciencias sociales. Latour cuestiona la distinción fundante entre naturaleza y sociedad y propone considerar en igualdad analítica a todas las entidades involucradas en un fenómeno: humanos, tecnologías, organismos, objetos materiales, instituciones, discursos. Su concepto de “actante” rompe con la centralidad de la agencia humana al definir como tal a cualquier entidad capaz de ejercer influencia dentro de una red. A partir de allí, despliega un léxico específico que incluye nociones como “asociación”, “traducción” e “irreducción”, fundamentales para comprender la configuración dinámica de lo social. El asociacionismo señala que lo social no puede pensarse como un dominio sustancial o preexistente, sino como el resultado de la conexión contingente entre entidades heterogéneas. Las asociaciones son siempre móviles y precarias: redes de interdependencia que involucran humanos, objetos técnicos, discursos, instituciones, dispositivos, afectos. La traducción, por su parte, describe los procesos mediante los cuales los actantes negocian, transforman o desvían las trayectorias de otros actantes, generando alineamientos provisionales entre intereses, significados o funciones. No hay traslación pura, sino desplazamientos que modifican a quienes se vinculan.

La noción de irreducción es clave en este marco, pues afirma que ninguna entidad puede explicarse únicamente en términos de otra, ni ser subsumida sin pérdida en una narrativa causal, estructural o sustancialista. La irreducción es, a la vez, un principio metodológico y una actitud epistemológica: exige registrar la multiplicidad de mediaciones sin imponerles una arquitectura jerárquica o una causalidad unilineal. En lugar de explicar un fenómeno reduciéndolo a lo social, lo económico o lo tecnológico, Latour propone describir el conjunto de mediaciones que lo hacen posible. Lo social, desde esta perspectiva, no se da por sentado: se produce y se transforma en el ensamblaje mismo de las asociaciones.

La propuesta de Latour ha sido decisiva para la formulación posterior de la Ontología Orientada a Objetos (OOO), desarrollada por Graham Harman (2018), quien reconoce en Latour una influencia fundacional, aunque también introduce

matices cruciales. Mientras que Latour enfatiza la relacionalidad como principio constitutivo de los fenómenos, Harman insiste en la autonomía de los objetos, defendiendo su existencia independiente de las redes en las que participan. Su distinción entre “objetos reales” —aquellos que poseen una esencia retirada, inaccesible por completo a la experiencia— y “objetos sensuales” —aquellos que se nos manifiestan en contextos específicos— le permite argumentar que toda relación entre objetos es parcial, mediada, y nunca agota la realidad de los mismos. Introduce aquí la noción de “causalidad vicaria” para designar la manera en que los objetos interactúan e inciden unos sobre otros sin que ello implique transparencia ni fusión ontológica.

El modo en que Harman retoma la perspectiva latouriana de la “irreducción”, pero la proyecta hacia una defensa de la “interioridad” de los objetos, marca una diferencia sustantiva: mientras en Latour los objetos tienden a diluirse en redes interminables de mediación, en Harman conservan una identidad propia, opaca, que no se agota en sus relaciones. Como veremos, esta tensión entre relacionalidad e irreductibilidad es especialmente productiva para pensar los fenómenos contemporáneos.

En esta constelación teórica, resulta fundamental incluir también la teoría de los ensamblajes desarrollada por Manuel DeLanda (2006), quien, retomando a Deleuze y Guattari (2002), reformula su concepto de agenciamiento explicitando una ontología relacional que combina elementos heterogéneos sin subordinarlos a una jerarquía unificadora. En su propuesta, los ensamblajes no son totalidades orgánicas ni estructuras cerradas, sino configuraciones dinámicas, donde coexisten componentes materiales y expresivos, territoriales y desterritorializantes, con grados variables de estabilidad. Esta perspectiva permite pensar la realidad como un sistema abierto y estratificado, compuesto por múltiples niveles de articulación (biológico, social, técnico, institucional) que no se reducen entre sí, pero que se interpenetran constantemente.

No quiere decir que no existan diferencias entre estas propuestas<sup>3</sup>. Aunque todas puedan inscribirse en un paradigma no reduccionista y compartan una crítica al antropocentrismo y al correlacionalismo, sería un error homogeneizarlas bajo una etiqueta unificadora que diluya sus tensiones internas. Una de las divergencias más evidentes es la que separa a Latour de Harman, cuestión que este último ha discutido explícitamente y a la que ya nos hemos referido. Harman mismo afirma también que “Si Latour es, definitivamente, el filósofo de las relaciones [...], entonces DeLanda es Latour puesto del revés. Las multiplicidades son no relacionales y siguen siendo lo que son, sean cuáles fueran sus relaciones” (Harman, 2015, p. 191). Esta afirmación introduce otra diferencia significativa entre Latour y DeLanda, cuya ontología de las multiplicidades insiste en la existencia de estructuras de posibilidad que no se reducen a los vínculos concretos en los que se actualizan. Por su parte, Meillassoux se distancia de estas posiciones al restituir la posibilidad de pensar el ser en sí mismo más allá de la experiencia o la co-producción entre entidades, lo que lo sitúa en una tensión productiva con las corrientes que entienden la realidad como siempre relacional o constituida. Como quiera que sea, las ontologías no antropocéntricas –que abarcan desde el nuevo materialismo hasta el realismo especulativo y la ontología orientada a objetos– convergen en un proyecto ontoepistémico compartido: pensar un mundo en el que lo humano no es el origen ni el fin, sino una instancia más dentro de ensamblajes que lo desbordan.

### ***3.2. Hiperobjetos***

Las reflexiones anteriores permiten considerar propuestas teóricas que, partiendo de estos fundamentos no antropocéntricos, ofrecen herramientas conceptuales específicas para abordar los fenómenos contemporáneos en toda su complejidad. En

---

<sup>3</sup> Cabe aclarar que estas referencias no agotan, ni mucho menos, el giro ontológico aquí considerado. Véase también, por ejemplo, el aporte del nuevo materialismo, donde Barad (2007) introduce la noción de agencialidad intra-activa, según la cual los fenómenos emergen de relaciones constitutivas entre materia y discurso, sin entidades preexistentes a la relación. Bennett (2010), en cambio, subraya la vibrancia de la materia, entendida como una fuerza activa y afectiva que no requiere mediación discursiva para ejercer su agencia. Mientras Barad propone una ontología performativa relacional, Bennett destaca una vitalidad inherente de lo material.

esta dirección, resulta particularmente sugerente la propuesta de Timothy Morton (2013), quien introduce el concepto de hiperobjeto para pensar fenómenos que exceden las escalas humanas y desafían las categorías heredadas del pensamiento moderno. Morton (2013) define los hiperobjetos como entidades "tan masivas y distribuidas en el espacio y el tiempo que trascienden la localización, la percepción y la comprensión humanas" (p. 1). Se trata de objetos reales, con una presencia material y efectos concretos, pero cuya escala y funcionamiento los vuelve imposibles de percibir como totalidades. Su existencia, sin embargo, no está subordinada a nuestra interpretación: poseen una agencia y una realidad propias, con las que nos vinculamos de manera inevitable y continua.

Los hiperobjetos se caracterizan por una serie de propiedades que los tornan radicalmente distintos de los objetos tradicionales del pensamiento moderno. En primer lugar, su viscosidad señala su capacidad de adherirse a todo lo que tocan, afectando persistentemente a las entidades con las que interactúan. No es posible ubicarse fuera de su influencia: cualquier intento de establecer una distancia frente a ellos está condenado al fracaso.

En segundo lugar, su no-localidad impide situarlos en un punto específico del espacio. Lejos de manifestarse en un lugar determinado, sus efectos se dispersan, se entrecruzan y se hacen sentir a través de múltiples escalas y geografías. Ningún territorio escapa por completo a su incidencia, aunque no todos los cuerpos ni todas las comunidades experimenten sus consecuencias del mismo modo. Esta diseminación espacial impide la constitución de un "aquí" unívoco o un "ahora" totalizante que los contenga.

A ello se suma su multitemporalidad, que los ubica fuera de la experiencia lineal del tiempo humano. Lo que percibimos como presente es apenas una expresión momentánea de una historia profunda, sedimentada, en la que el pasado geológico y el futuro potencial se entrelazan con una actualidad en perpetua mutación. Así, los hiperobjetos no se presentan en el tiempo: lo exceden, lo pliegan, lo redoblan.

Por último, su reitramiento remite a la imposibilidad de acceder por completo a su ser. Aunque interactúan con nosotros y afectan nuestras vidas, no se agotan en sus

manifestaciones empíricas ni se dejan capturar del todo por nuestras categorías conceptuales. Poseen una interioridad que resiste la transparencia, una opacidad constitutiva que no impide la relación, pero sí el dominio. Son reales, y su realidad desborda los marcos tradicionales de representación.

Uno de los ejemplos más citados y elaborados por Morton es el cambio climático, cuya presencia desborda cualquier evento climático particular. Los eventos meteorológicos específicos no son, en sí mismos, el cambio climático, pero lo configuran y lo expresan parcialmente. Este fenómeno se despliega a una escala temporal geológica: la acumulación de gases de efecto invernadero desde la Revolución Industrial, la alteración de los ciclos del carbono, los desplazamientos masivos de especies o el retroceso del permafrost siberiano son procesos que se desarrollan a lo largo de siglos y cuyas consecuencias persistirán durante milenios (Steffen et al., 2015). Sus manifestaciones locales, además, están intrínsecamente entrelazadas, no son incidentes aislados, sino expresiones múltiples de una misma trama planetaria. El cambio climático, por tanto, no puede ser percibido como una unidad por los sentidos humanos, pero sus efectos son omnipresentes. Nos obliga a repensar radicalmente nuestras categorías sobre la naturaleza, el tiempo, la responsabilidad y el habitar (Clark, 2011; Bonneuil y Fressoz, 2016).

54

#### ***4. La dataesfera como hiperobjeto y sus implicaciones ontoepistémicas***

##### ***4.1. La dataesfera como hiperobjeto***

Las reflexiones anteriores permiten delinear los fundamentos de un abordaje crítico de la dataficación de la vida que evite tanto los límites del positivismo como las insuficiencias de las críticas tradicionales, ancladas en la noción de exterioridad epistémica. En una dirección análoga a los hiperobjetos mortonianos, Benjamin Bratton conceptualiza The Stack como una infraestructura computacional planetaria que opera como un sistema técnico y político simultáneamente, cuyos efectos exceden la escala humana y configuran nuevas formas de soberanía territorial (Bratton, 2015). Esta aproximación permite pensar las infraestructuras digitales como entidades que comparten con los hiperobjetos su carácter masivo,

distribuido y su capacidad de reconfigurar las coordenadas espaciotemporales de la experiencia. Estas perspectivas convergen en señalar que los fenómenos contemporáneos más decisivos —desde el cambio climático hasta la computación planetaria— requieren marcos conceptuales que superen las limitaciones del pensamiento moderno, capaces de dar cuenta de realidades que nos envuelven sin permitir exterioridad crítica.

La dataesfera, esa vasta constelación de datos digitales que impregna la existencia contemporánea no constituye únicamente un fenómeno tecnológico: es un entramado ontológico que reconfigura lo real. En términos generales, puede entenderse como el conjunto de datos generados, transmitidos y almacenados constantemente a través de redes, plataformas y dispositivos interconectados a nivel planetario. Incluye desde mensajes de texto, correos electrónicos y publicaciones en redes sociales hasta imágenes, videos y datos capturados por sensores, dispositivos IoT o sistemas automatizados (Couldry y Mejias, 2019). Siguiendo a Morton, proponemos que la dataesfera encarna plenamente la condición de hiperobjeto: es viscosa, no-local, multitemporal y retraída. Pensarla como hiperobjeto no implica postularla como una noción totalizante, sino tomar en serio su espesor ontológico y las consecuencias epistémicas y políticas que conlleva.

55

La no-localidad de la dataesfera se manifiesta en su geografía distribuida y descentrada. Sus nodos materiales —servidores, centros de datos, dispositivos móviles, cables submarinos— se diseminan globalmente, pero su existencia se realiza en las conexiones que los articulan. Esta red diluye las distinciones entre lo local y lo global, desestabilizando las coordenadas espaciales convencionales.

En cuanto a su multitemporalidad, la dataesfera conjuga distintos regímenes temporales: conserva bases de datos que se remontan décadas atrás, registra actividad en tiempo real —como ocurre en los sistemas de videovigilancia urbana— y proyecta futuros mediante algoritmos predictivos. Plataformas como YouTube o Amazon utilizan corpus de datos históricos para anticipar comportamientos, haciendo que el pasado retroalimente el presente y modele el futuro (Kitchin, 2014).

El tiempo, aquí, se pliega sobre sí mismo: ya no es lineal, sino simultáneo, diferido y anticipatorio.

La opacidad o retraimiento de la dataesfera se hace patente en la imposibilidad de acceder plenamente a su funcionamiento. Aunque sus dispositivos son tangibles, los algoritmos que procesan y distribuyen información —desde motores de búsqueda hasta sistemas de recomendación— operan como cajas negras (Pasquale, 2015), cuyas lógicas internas resultan incomprensibles incluso para sus propios desarrolladores. Mattern ha mostrado cómo las infraestructuras digitales están diseñadas para volverse imperceptibles, operando como 'deep time' tecnológico que sedimenta capas geológicas, arqueológicas y mediáticas en configuraciones híbridas que escapan a la percepción directa (Mattern, 2017). Esta invisibilidad estructural no es accidental sino constitutiva: la eficacia de estas infraestructuras depende precisamente de su capacidad de operar sin ser tematizadas; y su inaccesibilidad no significa pasividad: su agencia es constante, pero escapa a la transparencia y el control total (Gillespie, 2014).

La viscosidad de la dataesfera se evidencia en su inextricable adhesión a la vida social. Cada acto —una compra online, una ubicación registrada, un mensaje enviado— deja una huella digital que ingresa en circuitos de procesamiento y modelado. Esta adhesión produce una dependencia estructural: sustraerse a su influencia equivaldría a marginarse del mundo social. En esta perspectiva, Terranova, ha propuesto una conceptualización crucial sobre la 'red como medio vivo' (*network as living medium*), donde los procesos informacionales no se reducen a transmisión de mensajes, sino que constituyen una ecología biopolítica en la que confluyen dinámicas vitales, técnicas y económicas (Terranova, 2004). Su concepto de 'trabajo gratuito' (*free labor*) permite comprender cómo la dataesfera no sólo procesa datos, sino que captura y valoriza formas de vida, afectividad y cooperación social que exceden las categorías tradicionales del trabajo (Terranova, 2000).

Ahora bien, más allá de sus características fundamentales y de los antecedentes teóricos mencionados, esta caracterización de la dataesfera como hiperobjeto requiere una fundamentación conceptual que la distinga de aproximaciones previas

que, aun reconociendo la centralidad de los fenómenos informacionales contemporáneos, no alcanzan a dar cuenta de su radicalidad ontológica.

Si bien el término infosfera, en la formulación establecida por Floridi ha tenido un peso indiscutible en la filosofía de la información contemporánea, la noción de dataesfera que aquí se propone responde a un conjunto de desplazamientos teóricos y empíricos que demandan una reconceptualización. Floridi define la infosfera como "el entorno global constituido por todas las entidades informacionales, sus propiedades, interacciones, procesos y relaciones" y advierte que las TIC han pasado de ser meras herramientas a convertirse en "fuerzas ambientales, antropológicas, sociales e interpretativas" que configuran nuestra realidad y nuestra autocomprensión (Floridi, 2014, p. 6-7. Reconoce, además, que este entorno plantea riesgos y que requiere una *information ethics* capaz de "abordar todos los ambientes, incluidos los artificiales, digitales o sintéticos" (Floridi, 2014, p. 9). Sin embargo, su marco conceptual permanece anclado en la representabilidad y en la posibilidad de gobernanza normativa de dicho entorno: un ecosistema cuya complejidad puede — al menos en principio— ser cartografiada, gestionada y orientada hacia un "florecimiento" de los agentes que lo habitan.

57

La dataesfera, por su parte, designa un ensamblaje socio-técnico-material-semiótico en el que materia y sentido no se disponen en planos separados, sino que se co-constituyen mutuamente en un mismo proceso. Su núcleo es la dataficación, entendida no sólo como la conversión de aspectos de la vida social, biológica y ambiental en registros discretos, cuantificables y procesables por máquinas, sino como un entramado en el que esa conversión y la producción de sentido se dan de forma simultánea y mutuamente constitutiva. Las operaciones de captura, almacenamiento, procesamiento y modelización no producen "datos brutos" que luego se interpreten: los datos ya están preformateados por arquitecturas técnicas, protocolos, categorías y lógicas algorítmicas que son, al mismo tiempo, condiciones materiales y matrices de significación. La semantización no es, por tanto, un momento posterior ni una capa superpuesta, sino una dimensión inseparable de la materialidad de la dataesfera: cada infraestructura técnica es también un dispositivo semiótico, y cada narrativa o interpretación descansa en configuraciones

concretas de cables, sensores, centros de datos, modelos estadísticos y economías de almacenamiento. Este ensamblaje no sólo describe o representa un mundo preexistente, sino que co-constituye la realidad, configurando posibilidades de acción, percepción y experiencia tanto humanas como no humanas, y proyectando futuros que se materializan a través de mecanismos predictivos, arquitecturas de recomendación y sistemas de gobierno algorítmico.

Aun cuando Floridi reconoce el crecimiento exponencial de datos y la transición hacia lo que llama "hiperhistoria" —una fase en la que el bienestar social depende vitalmente de las capacidades de procesamiento de las TIC (Floridi, 2014, pp. 3-4)—, su aproximación a los *big data* se centra en la necesidad de mejorar nuestras capacidades para "dar sentido" (*semanticize*) a esa abundancia y en la formulación de marcos éticos y regulatorios para gestionar el ecosistema informacional (Floridi, 2014, p. 15). Desde la perspectiva de la dataesfera, este abordaje resulta insuficiente: no se trata únicamente de un exceso cuantitativo que demande mejores herramientas de análisis, sino de un régimen ontopolítico en el que la extracción y uso de datos operan como dispositivos de gobierno algorítmico, configuran subjetividades, distribuyen visibilidad y reproducen asimetrías de poder. Así, mientras la infosfera mantiene la inteligibilidad y la gobernabilidad como horizontes posibles, la dataesfera obliga a reconocer zonas de irrepresentabilidad y a replantear categorías analíticas desde ontologías no antropocéntricas que asumen la inmersión, la agencia distribuida y la imposibilidad de una exterioridad crítica. Esta diferencia conceptual se hace evidente al analizar casos paradigmáticos como los que se desarrollan a continuación.

Dos casos paradigmáticos ilustran las propiedades hiperobjetales de la dataesfera: TikTok y Bitcoin. TikTok representa una de las expresiones más sofisticadas de la lógica algorítmica contemporánea. Su sistema de recomendación, construido sobre modelos de aprendizaje profundo y *Graph Neural Networks* (GNN), analiza en tiempo real variables como el tiempo de visualización, las repeticiones, el ritmo de *scroll* y el tipo de interacción para personalizar el *feed* de cada usuario mediante variables de interacción y engagement (Klug et al., 2021). Esta personalización algorítmica se apoya en mecanismos deliberadamente opacos. Aunque algunos

lineamientos generales sobre su sistema de recomendación han sido divulgados, el funcionamiento exacto del algoritmo permanece inescrutable tanto para los usuarios como para muchos desarrolladores, debido a su carácter adaptativo, su complejidad técnica y la falta de mecanismos efectivos de auditoría externa.

La agencia del algoritmo no es sólo técnica: modela prácticas culturales, impone estéticas dominantes, produce burbujas de atención y afecta el comportamiento y la emocionalidad de los usuarios (Montag, Yang y Elhai, 2021). TikTok no es simplemente una plataforma de contenidos, sino una arquitectura algorítmica que co-produce subjetividades en un proceso de retroalimentación constante. Su no-localidad se evidencia en la circulación global de desafíos virales, que nacen en Yakarta, se replican en São Paulo, se transforman en Estambul y se memifican en Lagos, sin centro definido ni trayectoria lineal (Gillespie, 2018).

Bitcoin, por su parte, encarna otra dimensión de la dataesfera. Su red *blockchain* descentralizada valida transacciones sin necesidad de una autoridad central, distribuyendo la información en un *ledger* global accesible desde cualquier punto del planeta. Esta infraestructura técnica, sin embargo, se sustenta en una red física intensiva: granjas de minería en Siberia, sistemas de refrigeración industrial, nodos en América Latina o China y un consumo energético que supera al de países como Argentina o Noruega (de Vries, 2021). El retraimiento de Bitcoin no es sólo algorítmico, sino infraestructural: se refiere a las condiciones materiales opacas que posibilitan su funcionamiento y a las asimetrías que reproduce.

Asimismo, Bitcoin encarna una forma densa de multitemporalidad: cada bloque validado se inscribe en una cadena histórica que remite a su creación en 2009. El sistema opera como archivo y motor a la vez; el pasado permanece como memoria activa que alimenta modelos predictivos, afectando decisiones en el presente e interviniendo en la configuración de futuros posibles (Narayanan et al., 2016). En ambos casos, la agencia está distribuida entre humanos, dispositivos, algoritmos, infraestructuras, geografías y regulaciones, y exige por tanto abordajes que superen las dicotomías tradicionales entre técnica y cultura, individuo y sistema, materialidad y sentido.

Los casos de TikTok y Bitcoin no pretenden agotar la diversidad de la dataesfera, sino ilustrar de manera paradigmática las propiedades hiperobjetales que la caracterizan. Su valor analítico reside en su capacidad de hacer visible la lógica estructural que opera a través de múltiples manifestaciones: la viscosidad que impide la exterioridad crítica, la no-localidad que diluye coordenadas espaciales convencionales, la multitemporalidad que pliega pasado y futuro en el presente algorítmico, y la opacidad que resiste la transparencia total. Estos ejemplos funcionan como ventanas epistémicas hacia procesos más amplios que exceden cualquier plataforma o sistema particular, revelando cómo la dataesfera opera como hiperobjeto independientemente de sus manifestaciones específicas.

En definitiva, pensar la dataesfera como hiperobjeto no sólo redefine los objetos de estudio de las ciencias sociales, sino que transforma las condiciones de posibilidad del conocimiento. La agencia distribuida, la opacidad algorítmica, la no-localidad y la multitemporalidad que caracterizan a los fenómenos sociotécnicos contemporáneos obligan a revisar en profundidad los marcos con los que se produce investigación. No se trata simplemente de adaptar herramientas tradicionales a un objeto nuevo, sino de reconocer que estamos ante un verdadero cambio de régimen ontoepistémico: las formas de ser y las formas de conocer ya no pueden pensarse por separado.

## ***4.2. Implicaciones ontoepistémicas de los hiperobjetos***

### ***4.2.1. Hiperobjetos y el agotamiento de las purificaciones modernas***

Los hiperobjetos, en su condición de entidades que disuelven la posibilidad misma de exterioridad epistémica, ponen en evidencia las limitaciones de marcos analíticos que aún operan desde las separaciones fundantes de la modernidad. Las implicaciones ontoepistémicas de esta caracterización trascienden el plano teórico y plantean desafíos metodológicos fundamentales. La dataesfera como hiperobjeto no sólo redefine los objetos de estudio de las ciencias sociales, sino que cuestiona las categorías analíticas desde las cuales se aborda la investigación social. Su viscosidad, opacidad y agencia distribuida revelan la insuficiencia de marcos que

permanecen anclados en lo que Latour llama las operaciones de “purificación” que han estructurado el pensamiento moderno.

En la lectura que propone Latour, la modernidad —tal como se la ha concebido tradicionalmente— se basa en una ilusión de separación absoluta entre la naturaleza y la sociedad, distinción sostenida en toda una serie de “purificaciones” de las que participan la ciencia, la tecnología y la política. La primera, por el modo en que plantea la idea de poder estudiar la naturaleza de manera objetiva, vaciada de valores culturales, como si no fuese ella misma producto de determinados contextos sociales y políticos. La segunda, por la forma en que se postula como una herramienta al servicio del Sujeto humano para dominar y controlar la naturaleza, como si no fuese ella también un constructo social y, al mismo tiempo, un medio a través del cual no sólo el entorno sino lo humano mismo es producido y alterado. Y, por último, la política, por la forma en que se ha concebido como un ámbito puramente social, separado de la naturaleza, donde se toman decisiones basadas en valores y preferencias humanas, y donde los agentes no humanos no tienen ningún tipo de representación, como si no estuviese ella absolutamente imbricada con las problemáticas ambientales, ecológicas y tecnológicas.

61

La paradoja de la modernidad reside en que, al mismo tiempo, desarrolla y amplía un campo poblado de híbridos de naturaleza y de cultura. Así, afirma Latour (2007),

la palabra ‘moderno’ designa dos conjuntos de prácticas totalmente diferentes que, para seguir siendo eficaces, deben permanecer distintas aunque hace poco dejaron de serlo. El primer conjunto de prácticas crea, por ‘traducción’, mezclas entre géneros de seres totalmente nuevos, híbridos de naturaleza y de cultura. El segundo, por ‘purificación’, crea dos zonas ontológicas por completo distintas, la de los humanos, por un lado, la de los no humanos, por el otro (p. 28).

Ahora bien, en la teoría social crítica contemporánea ya es un recurso convencional recurrir a métodos que presuponen o abogan por la deconstrucción de las dicotomías que han estructurado el pensamiento moderno, lo cual lleva en última instancia a poner en cuestión la posición privilegiada del ser humano en el mundo. En eso reside la clave de un pensamiento poshumanista o no antropocéntrico. Sin

embargo, hay una que en este campo permanece intocada: justamente aquella en la que coinciden la confrontación entre positivismo y criticismo y entre métodos cuantitativos y cualitativos. Esta es una cuestión cargada de consecuencias, dado que el mantenimiento de esta última frontera revela que ninguna otra ha sido totalmente deconstruida. Es la misma que, en su momento, dividió el conocimiento en “ciencias del espíritu” y “ciencias de la naturaleza”, y es, por lo tanto, idéntica a aquella que sostiene la distinción entre naturaleza y cultura, y con ello entre lo humano y lo no humano (natural o maquínico)<sup>4</sup>.

La persistencia de la dicotomía entre métodos cuantitativos y cualitativos refleja la resistencia a cuestionar las separaciones fundantes entre naturaleza/cultura y humano/no humano que los hiperobjetos disuelven. Esta resistencia no es meramente metodológica sino ontológica: revela la dificultad para pensar formas de agencia y conocimiento que exceden las categorías antropocéntricas. Seguir reproduciendo las operaciones de purificación que sostienen estas fronteras es la garantía de no comprender las hibridaciones que componen nuestro mundo. En todo caso, la cuestión del poshumanismo reside hoy no en simplemente postular el fin de lo humano como corolario de una meditación llevada adelante por un intelecto humano, sino en ser capaces de llevar hasta sus últimas consecuencias el hecho de que incluso una reflexión como esta debe ser situada en un entramado caracterizado por su hibridez y su simetría.

#### *4.2.2. Hacia una inmersión crítica*

Esta condición impone una forma de reflexividad mucho más profunda que la tradicional autorreflexión metodológica. Ya no se trata únicamente de advertir la influencia de las propias creencias o del lugar de enunciación sobre los resultados de una investigación, sino de asumir críticamente la arquitectura epistemológica, infraestructural y política que hace posible el propio acto de investigar. En el plano

---

<sup>4</sup> Cabe aclarar que reconocer la utilidad estratégica de la distinción entre enfoques cuantitativos y cualitativos en contextos específicos de investigación no equivale a sostener su carácter ontológicamente fundante. La crítica aquí se dirige al mantenimiento esencialista de esta división como si reflejara diferencias ontológicas irreductibles, no a consideraciones pragmáticas sobre su conveniencia metodológica.

epistémico, por ejemplo, las plataformas académicas utilizadas para buscar bibliografía —como Scopus, Google Scholar o Web of Science— organizan jerárquicamente el conocimiento, privilegiando ciertos temas, idiomas, instituciones o regiones, e invisibilizando otros (Leurs, 2017). En el plano metodológico, las herramientas con las que se modelan los fenómenos —como Python, R o Jupyter Notebooks— imponen formas de operacionalización que privilegian lo cuantificable, lo replicable, lo estandarizado, arrastrando así una ontoepistemología tecnocientífica que muchas veces no se somete a interrogación (D’Ignazio y Klein, 2020). A ello se suma una dimensión ético-política ineludible. La investigación basada en datos generados por usuarios en plataformas digitales se enfrenta al riesgo de reproducir formas de extractivismo epistémico: recolectar, procesar y analizar interacciones humanas como si se tratara de materia prima disponible, sin atender a las condiciones de posibilidad de esos datos, ni a las asimetrías de poder que los atraviesan. De ahí que la reflexividad deba incluir una crítica estructural a las mediaciones algorítmicas, a los regímenes de propiedad de datos, y a las economías políticas del conocimiento que condicionan toda producción investigativa.

En otras palabras, los hiperobjetos nos envuelven con una viscosidad que impide toda distancia crítica exterior. Lejos de poder despegarnos del mundo para contemplarlo, somos arrastrados en su interior. Esto pone en crisis la figura clásica del intelectual como testigo privilegiado, situado en una posición trascendental de análisis. En su lugar, se vuelve necesaria una ontología de la inmersión crítica: no se trata de renunciar a la crítica, sino de reconfigurarla desde un habitar reflexivo y situado en redes híbridas de humanos, algoritmos, dispositivos, afectos, infraestructuras y mediaciones técnicas.

Este enfoque rechaza el excepcionalismo humano, tal como lo formula Donna Haraway (2016), y asume que los saberes no se producen desde sujetos autónomos sino desde ensamblajes heterogéneos de cuerpos, máquinas, materiales, discursos y prácticas. Ello implica también recuperar el valor epistémico de la parcialidad, entendida no como déficit sino como condición de posibilidad para un conocimiento situado (Haraway, 1988). La autoridad del saber no emana de su supuesta

objetividad, sino de su capacidad para dar cuenta de su inserción, sus límites y sus condiciones de producción. Lo cual abre la posibilidad de experimentar con formas no convencionales de expresión y análisis, lenguajes epistemológicos que permitan abordar la complejidad estructural de los hiperobjetos. Para ello, resulta necesario avanzar hacia métodos que no reproduzcan las operaciones de purificación propias de la constitución moderna. El desafío exige el despliegue de métodos heterodoxos que combinen, por ejemplo: análisis computacional de grandes volúmenes de datos; etnografías algorítmicas que documenten cómo los usuarios negocian con sistemas opacos (Seaver, 2017); y cartografías críticas de las infraestructuras que sustentan estos fenómenos (Parks & Starosielski, 2015). Desarrollar una mirada ontoepistémicamente coherente con los objetos que se investigan, lo cual no implica “superar” abstractamente la distinción entre métodos cuantitativos y cualitativos, sino disolver su oposición binaria en una praxis situada que reconozca la hibridez de los fenómenos y requiera, por tanto, de herramientas analíticas igualmente heterogéneas que nos permitan comprender —y eventualmente transformar— un mundo que no podemos observar desde afuera<sup>5</sup>.

## 5. Conclusión

---

<sup>5</sup> Cabe precisar que la “inmersión crítica” aquí propuesta designa una posición ontológica y epistemológica fundamental y no una exigencia metodológica de adoptar formalmente los mismos medios o formatos del objeto estudiado. En este sentido, la filosofía y la teoría social despliegan métodos de análisis específicos y legítimos que no requieren mimetizar su objeto de estudio para producir conocimiento riguroso sobre él, del mismo modo que ello no implica abandonar las tradiciones culturales y la historia acumulada de la actividad reflexiva como si fuera posible —o deseable— hacer tabla rasa con el pensamiento crítico. Por otra parte, las instituciones académicas contemporáneas mantienen marcos epistemológicos y normativos de carácter humanista que estructuran las condiciones materiales de la producción de conocimiento: desde los criterios de autoría individual hasta los formatos de validación textual y los mecanismos de evaluación por pares. En consecuencia, estas mediaciones institucionales no pueden simplemente eludirse por decreto teórico, sino que constituyen las condiciones desde las cuales se despliega toda reflexión crítica. Finalmente, este mismo texto —que emplea reflexión teórica y escritura académica tradicionales— terminará integrándose a la dataesfera a través de algoritmos de indexación, métricas de citación y sistemas de circulación digital, del mismo modo que se ha nutrido de ella, confirmando así la imposibilidad de una exterioridad absoluta.

A lo largo de este trabajo se ha sostenido que la dataesfera, comprendida como hiperobjeto, no constituye simplemente el telón de fondo técnico de la vida contemporánea, sino una condición ontológica activa que transforma las formas de ser, de conocer y de habitar el mundo. Lejos de tratarse de una infraestructura neutra, la dataesfera organiza modos de experiencia, distribuye visibilidades, genera afectos, automatiza decisiones y redefine las relaciones entre humanos y no humanos. En este marco, los enfoques positivistas ofrecen una racionalidad instrumental centrada en la predicción y la eficiencia, mientras que, en las críticas tradicionales, aún necesarias, a menudo pervive la nostalgia de una exterioridad epistémica ya insostenible.

El recorrido teórico propuesto ha permitido poner en cuestión los supuestos antropocéntricos y correlacionistas que aún estructuran muchas de las formas en las que pensamos e indagamos lo social. Al recuperar perspectivas como la teoría del actor-red, la ontología orientada a objetos o el realismo especulativo, se ha argumentado que la dataesfera exige una reconfiguración radical de nuestros marcos metodológicos y epistémicos. Los objetos de estudio ya no son entidades discretas, observables desde afuera, sino ensamblajes dinámicos, distribuidos y opacos, en los que el investigador mismo se encuentra inmerso.

En este contexto, se vuelve ineludible preguntarse: ¿Qué modos de experimentación permitirán pensar desde adentro de los hiperobjetos sin ceder a la parálisis o al cinismo? ¿Cómo pensar cuando el pensamiento mismo ha sido absorbido por sistemas que lo modelan, anticipan y distribuyen? ¿Qué formas de reflexividad ontoepistémica pueden emerger en un mundo donde lo que cuenta como realidad ya no se define por su legibilidad, sino por su inscripción en arquitecturas técnicas complejas, invisibles y persistentes?

Estas preguntas no son una conclusión, sino una apertura. Porque pensar la dataesfera no es llegar a un punto final, sino comenzar a habitar un umbral. Quizá lo que está en juego no sea tanto comprenderla, como aprender a ser-en y pensar-con ella, en condiciones que no hemos elegido, pero que sí podemos disputar.

### *¿Cómo se cita este artículo?*

CERRUTI, P. (2025). La dataesfera como hiperobjeto: hacia una crítica de sus implicaciones ontoepistémicas. *Argumentos. Revista de crítica social*, (32), 38-72. [link]

### *Referencias bibliográficas*

Anderson, C. (2008). The End of Theory: The Data Deluge Makes the Scientific Method Obsolete. *Wired Magazine*.

Barad, K. (2007). *Meeting the Universe Halfway: Quantum Physics and the Entanglement of Matter and Meaning*. Duke University Press.

Barad, K. (2012). On Touching - The Inhuman That Therefore I Am. *Differences*, 23(3), 206–223. <https://doi.org/10.1215/10407391-1892943>

Benjamin, W. (1987). *Dirección única*. Alfaguara.

Bennett, J. (2010). *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Duke University Press.

Beresñak, F. (2017). *El imperio científico: Investigaciones político-espaciales*. Miño y Dávila.

Bonneuil, C. y Fressoz, J. B. (2016). *The Shock of the Anthropocene: The Earth, History and Us*. Verso Books.

Boyd, D. y Crawford, K. (2012). Critical questions for big data: Provocations for a cultural, technological, and scholarly phenomenon. *Information, Communication & Society*, 15(5), 662–679. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2012.678878>

Bratton, B. (2015). *The Stack: On Software and Sovereignty*. MIT Press.

Bryant, L. R. (2011). *The Democracy of Objects*. Open Humanities Press.

Bucher, T. (2018). *If... Then: Algorithmic Power and Politics*. Oxford University Press.

Castells, M. (2010). *The Rise of the Network Society*. Wiley-Blackwell.

- Chandler, D. (2015). A World without Causation: Big Data and the Coming of Age of Posthumanism. *Millennium*, 43(3), 833–851. DOI:10.1177/0305829815576817
- Chen, X. (2024). Investigation on the Self-Improving Algorithm of TikTok Based on Extensive User Interactions. En *Proceedings of the 1st International Conference on Engineering Management, Information Technology and Intelligence* (pp.227-233).
- Clark, N. (2011). *Inhuman Nature: Sociable Life on a Dynamic Planet*. Sage.
- Cohen, J. E. (2012). *Configuring the Networked Self*. Yale University Press.
- Costa, F. (2022). *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*. Taurus.
- Couldry, N. y Mejias, U. A. (2019). *The Costs of Connection: How Data is Colonizing Human Life and Appropriating It for Capitalism*. Stanford University Press.
- Crawford, K. (2021). *Atlas of AI: Power, Politics, and the Planetary Costs of Artificial Intelligence*. Yale University Press.
- D'Ignazio, C. y Klein, L. F. (2020). *Data Feminism*. MIT Press.
- De Vries, A. (2021). Bitcoin's Growing Energy Problem. *Joule*, 4(7), 1403–1406.
- DeLanda, M. (2006). *A New Philosophy of Society: Assemblage Theory and Social Complexity*. Continuum.
- DeLanda, M. (2016). *Assemblage Theory*. Edinburgh University Press.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia 2*. Pre-Textos.
- Dencik, L., Hintz, A., Redden, J. y Treré, E. (2022). *Data Justice*. Sage.
- Domingos, P. (2015). *The Master Algorithm: How the Quest for the Ultimate Learning Machine Will Remake Our World*. Basic Books, Hachette.
- Floridi, L. (2014). *The Fourth Revolution: How the Infosphere is Reshaping Human Reality*. Oxford University Press.

Floridi, L. y Chiriatti, M. (2020). GPT-3: Its Nature, Scope, Limits, and Consequences. *Minds and Machines*, 30, 681–694.

Frodeman, R. (2013). *Sustainable Knowledge: A Theory of Interdisciplinarity*. Palgrave Macmillan.

Gillespie, T. (2014). The relevance of algorithms. En T. Gillespie, P. J. Boczkowski & K. A. Foot (Eds.), *Media Technologies: Essays on Communication, Materiality, and Society* (pp. 167-194). MIT Press.

Gillespie, T. (2018). *Custodians of the Internet: Platforms, Content Moderation, and the Hidden Decisions That Shape Social Media*. Yale University Press.

Gómez Cruz, E. y Rivas, S. (2021). Big Data from the South(s): Beyond Data Universalism. *Sur. International Journal on Human Rights*, 18(33), 177–193.

Haraway, D. (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575–599. <https://doi.org/10.2307/3178066>

Haraway, D. (2016). *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Duke University Press.

Harman, G. (2015). *Hacia el realismo especulativo. Ensayos y conferencias*. Caja Negra.

Harman, G. (2018). *Object-Oriented Ontology: A New Theory of Everything*. Penguin Books.

Jordan, M. I. y Mitchell, T. M. (2015). Machine learning: Trends, perspectives, and prospects. *Science*, 349(6245), 255–260. <https://www.cs.cmu.edu/~tom/pubs/Science-ML-2015.pdf>

Kitchin, R. (2014). *The Data Revolution: Big Data, Open Data, Data Infrastructures and Their Consequences*. Sage.

Kitchin, R. y Lauriault, T. P. (2014). *Towards critical data studies: Charting and unpacking data assemblages and their work*. The Programmable City. Working Paper No. 2. University of Nebraska Press.

Klug, D., Qin, Y., Evans, M. y Kaufman, G. (junio de 2021). *Trick and Please: A Mixed-Method Study On User Assumptions About the TikTok Algorithm*. 13th ACM Web Science Conference 2021. United Kingdom.  
<https://doi.org/10.1145/3447535.3462512>

Latour, B. (2004). Why has critique run out of steam? From matters of fact to matters of concern. *Critical Inquiry*, 30(2), 225–248. <https://doi.org/10.1086/421123>

Latour, B. (2005). *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford University Press.

Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos*. Siglo XXI.

Leonelli, S. (2014). What difference does quantity make? On the epistemology of Big Data in biology. *Big Data & Society*, 1(1), 1-11. <https://doi.org/10.1177/2053951714534395>

69

Leonelli, S. (2016). *Data-Centric Biology: A Philosophical Study*. University of Chicago Press.

Leurs, K. (2017). Feminist Data Studies: Using Digital Methods for Ethical, Reflexive and Situated Praxis. *Feminist Review*, 115(1), 130–154. <https://doi.org/10.1057/s41305-017-0043-1>

Lowrie, I. (2017). Algorithmic rationality: Epistemology and efficiency in the data sciences. *Big Data & Society*, 4(2), 1-13. <https://doi.org/10.1177/2053951717700925>

Ludueña Romandini, F. (2024). *Imperium Technologicum. La teología política digital y la nueva mitología planetaria*. Miño y Dávila.

Lyon, D. (2018). *The Culture of Surveillance: Watching as a Way of Life*. Polity.

Maslej, N., Fattorini, L., Perrault, R., Parli, V., Reuel, A., Brynjolfsson, E., Etchemendy, J., Ligett, K., Lyons, T., Manyika, J., Ngo, H., Niebles, J. C., Sellitto, V., Shoham, Y., Clark, J. y Greer, D. (2023). *The AI Index Report 2023*. Stanford University, Institute for Human-Centered AI. Disponible en: [https://hai.stanford.edu/assets/files/hai\\_ai-index-report\\_2023.pdf](https://hai.stanford.edu/assets/files/hai_ai-index-report_2023.pdf)

Mattern, S. (2017). *Code and Clay, Data and Dirt: Five Thousand Years of Urban Media*. University of Minnesota Press.

Mayer-Schönberger, V. y Cukier, K. (2013). *Big Data: A Revolution That Will Transform How We Live, Work, and Think*. Houghton Mifflin Harcourt.

Meillassoux, Q. (2008). *Después de la finitud: ensayo sobre la necesidad de la contingencia*. Caja Negra.

Mirowski, P. (2011). *Science-Mart: Privatizing American Science*. Harvard University Press.

Montag, C., Yang, H. y Elhai, J. D. (2021). On the Psychology of TikTok Use: A First Glimpse from Empirical Findings. *Frontiers in Public Health*, 9. <https://doi.org/10.3389/fpubh.2021.641673>

70

Morton, T. (2013). *Hyperobjects: Philosophy and Ecology after the End of the World*. University of Minnesota Press.

Narayanan, A., Bonneau, J., Felten, E., Miller, A. y Goldfeder, S. (2016). *Bitcoin and Cryptocurrency Technologies: A Comprehensive Introduction*. Princeton University Press.

Nissenbaum, H. (2010). *Privacy in Context: Technology, Policy, and the Integrity of Social Life*. Stanford University Press.

Padua, D. (2021). The Digital Ecosystem. En *Digital Cultural Transformation. Innovation, Technology, and Knowledge Management* (pp. 89-136). Springer.

Parente, D. (2016). *Artefactos, cuerpo y ambiente: exploraciones sobre filosofía de la técnica*. La Bola.

- Pariser, E. (2011). *The Filter Bubble: How the New Personalized Web Is Changing What We Read and How We Think*. Penguin Books.
- Parks, L., & Starosielski, N. (Eds.). (2015). *Signal Traffic: Critical Studies of Media Infrastructures*. Urbana: University of Illinois Press.
- Pasquale, F. (2015). *The Black Box Society: The Secret Algorithms That Control Money and Information*. Harvard University Press.
- Kaplan, A. (Ed.). (2022). *Digital Transformation and Disruption of Higher Education*. Cambridge University Press.
- Provost, F. y Fawcett, T. (2013). *Data Science for Business: What You Need to Know about Data Mining and Data-Analytic Thinking*. O'Reilly Media.
- D'Agostino, M. y Durante, M. (Eds.). (2018). *Philosophy & Technology* [Special Issue on The Governance of Algorithms], 31(4).
- Sadin, É. (2018). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo. Anatomía de un antihumanismo radical*. Caja Negra.
- Sadin, É. (2022). *L'Humanité augmentée: La vie à l'heure des intelligences artificielles*. L'échappée.
- Sassen, S. (2021). *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton University Press.
- Seaver, N. (2017). Algorithms as culture: Some tactics for the ethnography of algorithmic systems. *Big Data & Society*, 4(2), 1-19.  
<https://doi.org/10.1177/2053951717738104>
- Sloterdijk, P. (2008). ¿Dónde estamos, cuando escuchamos música? En *Extrañamiento del mundo*. Pre-textos.
- Sloterdijk, P. (2014). *Esferas I: Burbujas. Microsferología*. Siruela.

Steffen, W., Broadgate, W., Deutsch, L., Gaffney, O. y Ludwig, C. (2015). The trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration. *The Anthropocene Review*, 2(1), 81–98. <https://doi.org/10.1177/2053019614564785>

Taylor, L. (2017). What is data justice? The case for connecting digital rights and freedoms globally. *Big Data & Society*, 4(2). <https://doi.org/10.1177/2053951717736335>

Terranova, T. (2000). Free Labor: Producing Culture for the Digital Economy. *Social Text*, 18(2), 33-58. [https://doi.org/10.1215/01642472-18-2\\_63-33](https://doi.org/10.1215/01642472-18-2_63-33)

Terranova, T. (2004). *Network Culture: Politics for the Information Age*. Pluto Press.

United Nations Environment Programme. (2020). *Emissions Gap Report 2020*. UNEP.

Van Dijck, J. (2014). Datafication, dataism and dataveillance: Big Data between scientific paradigm and ideology. *Surveillance & Society*, 12(2), 197–208. <https://doi.org/10.24908/ss.v12i2.4776>

Weller, M. (2011). *The Digital Scholar: How Technology Is Transforming Scholarly Practice*. Bloomsbury.

Zuboff, S. (2019). *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. Public Affairs.